

LA HOJA DEL PUEBLO

Órgano del Partido Democrático Costarricense.

PERIODICO POLITICO Y DE VARIEDADES.

EDITOR RESPONSABLE, Ignacio Tavera T.

ADMINISTRADOR, Francisco Olaciregui.

ADMINISTRACION GENERAL.
Calle 23, Número 47 Norte.

SAN JOSE, MARTES 25 DE ABRIL DE 1893.

"LA HOJA DEL PUEBLO."
Se publica los días Martes, Jueves y Sábado.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República al mes y adelantado... \$ 1.00 cts.
El número suelto vale... 0.10 "
Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez... 0.01 "
Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado... 0.01½ "
Los que anuncien por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 %.

Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán á razón de... 0.25 "

Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular á precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.

El Editor no es responsable por los comunicados que se reciben en esta capital en la Administración General, y en las otras provincias los Agentes recibirán las suscripciones.

CALENDARIO.

ABRIL.

ESTE MES TIENE 30 DIAS.

Martes 25.—SAN MARCOS EVANGELISTA, S. Aniano, discípulo de s. Marcos, san Herminio. LETANIAS MAYORES.

Miércoles 26.—Santos Cleto y Marcelino, papas, mrs. y Nuestra Señora del Buen Consejo.

"LA HOJA DEL PUEBLO."

ORDEN Y DISCRECION.

Los convencionistas franceses, cuando el populacho de París invadía el recinto donde celebraban sus sesiones, con admirable sangre fría y con toda la dignidad de los Senadores romanos en tiempos de la república, cubrían sus cabezas y aguardaban tranquilos, resueltos á morir antes que abandonar sus puestos, la acometida furiosa de aquellas multitudes embriagadas de libertad y sedientas de sangre.

Mil veces las bocas de los cañones que apuntaban á la Convención, de mortal amenaza para ella se tornaron en sus aliadas contra la demagogia infernal; aquellos agitadores feroces del barrio de San Antonio, depusieron sus odios y su ira cuando

encontraban que un hombre del temple del venerable Isnard presidía la gran Asamblea, sin cuidarse de los alfanges que amenazaban su cabeza.

En algunas ocasiones el desborde popular era incontenible, y entonces, sin abandonar el asiento, moría cumpliendo sus deberes el representante del pueblo á quien aciaga suerte designara como víctima para aplacar la furia de las masas; pero si la Convención realizó la grande obra que hoy todos admiramos, sin ser barrida en uno de esos momentos en que tantas instituciones vinieron al suelo, debió á esa compenetración del deber y á esa familiaridad con el heroísmo de que dió tantas pruebas en el borrascoso período de su existencia.

Hay momentos en los pueblos que hacen necesarios en los ciudadanos de orden todo el valor y energía de los convencionistas franceses. Por ejemplo: cuando un grupo de audaces quiere imponer leyes á la mayoría, y no lográndolo apela al recurso del engaño, catequiza ignorantes é intenta lanzarse á las vías de hecho. Entonces, al gesticular los revoltosos porque los responsables de la tranquilidad social les atarón las manos, al escuchar la algarada que levanten pidiendo inmunidad para los más graves atentados, los pueblos deben responderles con olímpico desdén, seguir tranquilos la magna labor del trabajo, no sin estar dispuestos á hacer respetar sus derechos sacrosantos, á quien quiera que se atreva á desconocerlos.

De ese modo los descontentos no hallarán nada propicio al de-

sarrollo de sus aspiraciones bas-tardas; y perdiéndose en el vacío hasta el más leve rumor de queja injusta, nada obstará para que una situación normal sea el resultado inmediato de esa conducta juiciosa.

Figurémonos que en lugar de hallarnos en suelo americano y en un país llamado Costa Rica, estamos en territorio de Francia, cuando la Convención funcionaba; el pueblo es la Asamblea y una turba de locos entra al salón donde están congregados los legisladores, pidiendo á gritos la adopción de ciertas medidas y amenazando con la fuerza si ello no se hace inconten-ti. Nada turba la impassibilidad de los representantes de la nación; se ven amenazados de muerte y atienden á las exigencias de la dignidad, que mandan aceptar aquélla y no ceder á la imposición brutal. La lucha se trabaja: gesticulación, ruego, mandato, mil armas se ponen en juego para obtener lo que se busca, mas todo esfuerzo se estrella ante las conciencias inspiradas en el deber. Qué partido tomar? ¿Consuman los amotinados el sacrificio de los convencionistas? Imposible! No se atreven á tanto! Ya calma su excitación, ya son razonables y no piden amenazando, y si lo que demandaban era justo, la Asamblea inmediatamente lo concede, obedeciendo á la presión de la justicia y no á la vergonzosa del miedo.

Pues esos locos son los que atentan contra la paz de la nación, los que hacen necesarias las facultades omnímodas; y si cuando ellos pretenden ir al motín, hallaran la decorosa resistencia á que nos hemos re-

ferido al simular al pueblo tro-cado en Convención, es seguro nos evitaríamos el espectáculo que viene dando Costa Rica desde que se constituyó en nación independiente: el espectáculo de la dictadura.

Mas, si lo uno no es dable, por la mucha candidez de ciertas gentes, si tenemos á nuestro alcance un medio de volver dentro de poco á la vida de la ley: moderen su ambición de mando y de dinero ciertos círculos; imiten los partidos que deseen el bien de la patria, el ejemplo de la masa general del pueblo, respetando la ley y las autoridades, sin reservas mentales de ningún género; condénese por todos, como acción criminal, la que exija el empleo de la fuerza para realizar empresas en apariencia buenas; quebrantemos la cabeza del áspid del odio, recordemos aquéllas palabras del filósofo: "Desde la India hasta la Francia no hay más que una sola familia que debiera regirse por las leyes del amor," y entonces, aun suponiendo en el Gobierno mucho deseo de administrar el país dictatorialmente, no podría resistir aquél á la fuerza de ciertos mandatos de la lógica y reconstituirá la nación sobre la base de las leyes.

Si en los que condenan la dictadura hubiera buena fe, ya habrían adoptado ese medio que indicamos, el más seguro para acabar con ella. No es que la dignidad deba humillarse, solicitando el hombre de otro hombre lo que es concesión del mismo Dios; pero en los pueblos de educación republicana apenas iniciada, por fuerza hay sus momentos de prueba, y en ellos se

demuestra, si los ciudadanos en sus relaciones con el Poder guardan el orden y la discreción debidos, que son dignos de regirse como miembros de una nación culta y avanzada en progreso.

Sea la consigna para todos los que piden el restablecimiento de las garantías, *orden y discreción*. Cumplida ésta, volveremos á la normalidad constitucional, forzosamente.

LA CARTA DEL SEÑOR JIMÉNEZ.

La que por algunos se ha llamado documento político importante la carta dirigida por don Ricardo Jiménez al señor Acuña, á propósito de la candidatura del primero lanzada por el último, y estando nosotros en la obligación de discutir cuanto idea se lance al debate de la prensa, vamos á decir con franqueza qué pensamos acerca del particular.

Cuando se ocupa una alta posición y se tiene fama de persona de vasta inteligencia, hay á toda hora un deber de dignidad y hasta de agradecimiento, en demostrar que esa posición y esa fama son debidamente merecidas. Y ninguna ocasión más solemne para ello, si en el carácter de ciudadanos de una república se nos hace el honor de que se piense en nosotros como dignos de ocupar el sillón de la Primera Magistratura.

Entonces, apreciando el caso concreto y visto lo excepcional de los actuales momentos, podríamos responder á los que lanzaran nuestro nombre: "Cuando llegue la hora oportuna de discutir el mérito del hombre que debe regir la suerte de la República, si la mayoría de los ciudadanos exige que seamos nosotros, aun cuando estimamos sacrificio grande para quien será ante todo gobernante respetuoso á la ley, mandar un país cuya educación republicana es tan deficiente, faltaríamos á los deberes que el patriotismo impone, no aceptando ese sacrificio, y en consecuencia aguardamos, prontos á obedecerlo, el mandato de los pueblos."

Decimos esto sin pretender dar lecciones á una persona de

la capacidad del señor Jiménez; en esas palabras expresamos lo que nuestro pobre criterio entiende por patriotismo, y en virtud de ese mismo criterio entendemos que el señor Jiménez, al escribir su carta, no se conservó á la altura del renombre de que goza.

Por otra parte, y hagamos abstracción de su prematuro escepticismo, aquello de expresar con indiferencia rayana en desprecio, que no entra á averiguar si hay que elegir Presidente, ni cuándo y cómo, lo creemos una aceptación tácita por su parte de cuantas usurpaciones fueran posibles, y eso está contra el proceder de quien, como Jefe del Poder Judicial, abandonó su puesto porque creyó extinguida la fuente de donde emanaba la autoridad que ejercía. Si hoy como ciudadano (partiendo de que esa condición impone deberes) le importa poco saber si habrá elecciones ó si el pueblo será burlado, ayer como Presidente de la Corte debió también no importarle nada el Decreto que declaró disuelta la Cámara Legislativa.

Comprenderán los lectores y el mismo señor Jiménez que si en esta cuestión nos ocupamos, es por el concepto que él nos merece; si le tuviéramos mala voluntad, á nuestro propósito habría bastado no decir una palabra y reproducir su carta, como el más seguro medio de hacerle daño.

MISCELANEA.

LA VIRUELA.—En Chichigalpa, pueblo de nuestra vecina Nicaragua, ha aparecido esta epidemia, y con tal motivo recomienda el señor Ministro de Policía, se cumplan estrictamente las disposiciones sobre higiene y en especial las que exigen la vacunación y señalan penas á los que no se someten á ella.

Desde luego puede asegurarse que no será necesario el mandato obligatorio de la autoridad, pues todas las personas no vacunadas ocurrirán á los centros respectivos para que se les inocule el precioso fluido.

RENUNCIA.—Según informes ha sido ya admitida la que del cargo de Subsecretario de Estado, presentó nuestro estimable é inteligente amigo el señor don Eloy Iruque.

TAMBIÉN nosotros, lo mismo que *El Herald*, hemos oído elogiar mucho la

buena organización del Instituto de Cartago. Desde que don Federico G. Salazar dirige aquel importante centro, son muchos los adelantos que en él se notan y el número de educandos que asisten á sus aulas es de bastante consideración. Bien por la juventud y por el Director y Maestros del Colegio de Cartago.

TÍTULOS.—De Comendadores de la Real Orden de Isabel la Católica, se han recibido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, para los señores don Juan F. Ferraz y don Anastasio Alfaro, á quienes felicitamos por esa distinción, honrosa en tan alto grado.

ESTADÍSTICA.—Según datos oficiales asciende la población de la República á 243,205 habitantes, perteneciendo de éstos 122,480 al sexo barbudo y 120,725 al bello sexo.

Saben solamente leer 28,208, y saben leer y escribir 48,215.

El número de extranjeros asciende á 6,289.

Hay 34,273 hombres aptos para el servicio militar, de 18 á 50 años de edad.

La exportación total ascendió el año pasado á.....\$ 9.113,948 y la importación á..... 5.389,749

quedando una diferencia de.....\$ 3.724,199 á favor del país.

CAMPUBÍ HERMANOS.—En el acreditado establecimiento de estos activos industriales se ha recibido una gran cantidad de sombreros finísimos, para caballeros y niños. La forma es correcta, elegante, fin de siglo, y los precios son módicos hasta el exceso. Allí el galán enamorado encontrará por papales del Banco de Costa Rica un sombrero verdaderamente *chic* que dé á su cabeza el aspecto ideal y artístico tan del agrado de las mujeres. Conque á comprarlos, antes que se agote el surtido.

DON RAFAEL PACHECO.—Ayer una concurrencia de lo más escogida acompañó hasta el lugar del descanso eterno el cadáver de este amigo malogrado. Un sufrimiento cruel le arrebató la existencia en pocos días, sin que asiduos cuidados y asistencia esmerada de facultativos, lograran triunfar de la implacable muerte. A toda su familia y en especial á su hermano don Ricardo, enviamos por este medio, pésame sincero.

REPRODUCCION.

La Prensa Y LA ACADEMIA FRANCESA.

Por más que la Academia sea una vieja institución fundada por un Cardenal y que viene del antiguo régimen, no por esto ha conservado menos á través de nuestras revoluciones sin número, todo su prestigio y toda su

lidad. ¿Por qué? Porque ha representado no sólo la literatura propiamente dicha, sino el espíritu bajo sus formas diversas y el conjunto de la sociedad francesa.

En efecto, lo que la ha caracterizado en toda época, lo que ha hecho su fuerza y su brillo excepcionales, es que en lugar de permanecer simplemente un cenáculo de escritores, ha sido como la imagen y la concentración de todo el poder intelectual y social de nuestro país; es porque se ha visto en sus escaños al lado de literatos de profesión, sabios, oradores, hombres de espada, hombres de toga, hombres de iglesia, hasta grandes señores, cuando la organización social los tenía. Cada una de ellas representaba una de las fases del espíritu francés; todos contribuían á conservar el brillo y la pureza de este espíritu luminoso, de este idioma diáfano, de ese genio amable y brillante que parece el faro del mundo.

No se sería, pues, demasiado celoso conservando á la Academia ese carácter que de hecho resume en ella todas las fuerzas vivientes de la Nación, y que puede sólo asegurar su influencia y su duración. Si cesara de ser el reflejo de toda la inteligencia nacional en sus evoluciones y sus transformaciones diversas, se encontraría muy pronto reducida al estado de minoría y como un pequeño hotel de Rambouillet.

Pero la Academia ¿se inspira siempre para su reclutamiento en esas condiciones necesarias? ¿No olvidan poco el pensamiento de su institución? En otras palabras, ¿todas las fuerzas de la sociedad nueva están representadas en su seno, ó poseen un lugar proporcionado á su importancia y á su acción?

Se ve bien el libro, el teatro, la tribuna, el foro, la cátedra, la lira, el salón mismo; y es justo, porque cada uno de ellos ocupa una plaza efectiva en nuestro estado social y guarda por su parte el depósito sagrado de que el patriotismo debe prohibir la alteración. Pero el diario, la prensa, que son el alma y el nervio de la sociedad moderna, ¿qué parte tiene en el arca? Desde la Restauración, Roger-Collard comprueba que la prensa había llegado á ser "una necesidad social, más todavía que una institución política." ¿Y cuánto no ha crecido después! ¿No puede decirse sin exageración que el niño de entonces se ha convertido en un verdadero gigante, que con el vapor y la electricidad, sus dos agentes, domina ya el mundo?

Un pensador de nuestros días no teme llamar al Diario "el pan cotidiano de las naciones modernas." La expresión no es exagerada. Desde el cochero de sitio en su pescante, hasta el Barón de Rothschild en su gabinete, desde el mandadero de la esquina hasta el agente de cambio, el negociante, el ministro, ¿no es el primer desayuno de la mañana, el alimento indispensable que puede en rigor aplazar cualquier otro y que ningún otro podría reemplazar? No se cuentan en Francia menos de 5,471 periódicos. Todos sin duda, no tienen la misma circulación, la misma fuerza de penetración,

soberana sobre los espíritus, como sobre el movimiento de las cosas.

No sólo el periódico vale más, pesa más, irradia más que el libro, que el discurso, que la pieza misma, sea de Sardou ó de Dumas, pero el folleto, la arenga, el drama, la comedia, no serían nada sin su poderoso concurso, sin el eco formidable de su portavoz. Ella mataría todo lo que callase. Ella sólo cría el nombre: *Tuba mirum spargens sonum*...

Se habla mucho de una novela que se vende como excepción hasta cien mil ejemplares, de una comedia, que por lo extraordinario, llega á 100 representaciones, ¿qué decir del diario que *cada día* lanza 200, 300,000 ejemplares á la circulación, llegando á toda la categoría de lectores, moviendo todos los ánimos, propagando sus ideas hasta el fondo de nuestras rancherías?

Y cuánto talento gastado, qué de conocimientos múltiples, qué de maravillosas cualidades prodigadas en esas improvisaciones cotidianas. Es una vez dos veces en su vida, que el poeta, que el autor dramático, que el novelista, dan pruebas de un talento notable, y esta prueba basta para asegurarle la gloria de un sillón en el palacio Mazaria, mientras que el periodista da *todos los días*, durante veinte, treinta, cuarenta años, la prueba brillante y difícil de los recursos más variados del espíritu.

¿Habrá bastado á Lebrun fabricar una *María Estuardo*; á Pongerville el poner en verso una traducción de Lucrecio; á Briffaut de concebir un *Ni-mas II*; á Sainte Aulaire el producir un soneto galante para sentarse en el lugar de Corneille, de Boussuet, de Racine; y ni Carcl, ni Bertin, ni Germonde, ni Girardin, ni Laurentie, ni Poujoulat, ni Venillot, ni Wiess, ni veinte otros escritores de raza, pensadores eminentes, polemistas incomparables, han obtenido el mismo honor.

¿Es esto racional? ¿Es equitativo?

En estos momentos se cuentan en la Academia historiadores, poetas, filósofos, autores, dramáticos, novelistas, sabios, abogados, profesores, duques, un economista, un obispo, un empresario para abrir istmos, un ministro que escapó del tribunal comercial, y un solo representante de la prensa.

Sí, mientras que se apoya por medias docenas á los representantes del teatro, de la novela, de la historia, el diario no tiene más que uno solo recordado por una especie de gracia! Sin embargo, ¿es que la novela, el teatro mismo, ocupan seis veces más de lugar en la sociedad contemporánea que el diario? ¡Contestad!

Cierto es que la prensa que hace sesenta años no era nada, ó casi nada, no pretende en el futuro ser Todo; pero no tiene el derecho de pedir más justicia distributiva, y sin mostrarse demasiado exigente, el reclamar una parte equivalente á su misión y á su acción?

Una triple elección debe tener lugar próximamente. ¿Qué candidatos se presentan? Un sabio cuando ya hay dos; un historiador, cuando ya hay cinco ó seis; un autor dramático, cuando ya hay siete ú ocho.

cutir el mérito de los candidatos en línea; pero ¿por qué la prensa es así, desdenada y relegada al último rango, cuando en realidad ella ocupa el primero? ¿Es que los hombres de talento faltan en sus filas? ¿Es que no presenta nombres conocidos de la Francia entera, plumas finas, elegantes, espirituales, juiciosas, elocuentes, de un incontestable valor literario?

Un sillón está vacante desde hace unos días: el de John Lemoine. ¿De quién se habla ya para ocuparlo? También de un Senador político (como si no se acordasen ya de M. de Freycinet) y también de un profesor.

Parece, no obstante, que á la hora en que se ocupan de erigir una estatua al creador del periodismo en Francia, á Teophraste Renandot, convendría honrar un poco más su descendencia. Y si la Academia, olvidadiza de su razón de ser, prolongara respecto de la prensa este injustificable desdén ó esta exclusión relativa, á la prensa es á la que corresponde recordarle la ley misma de su fundación.

VARIEDADES.

UNA VIUDA.

Estamos en la época de la caza en el castillo de Baneville.

El otoño era lluvioso y triste, y el bosque estaba húmedo como una sala de baños, hasta el punto de que los cazadores regresaban por la tarde al castillo empapados de agua y rendidos de fatiga.

Después de comer, se jugaba á la lotería en la sala principal y á veces se referían curiosas historias.

Los cazadores narraban sus aventuras ciegas, sin que las mujeres descubriesen en sus relatos rasgo alguno de imaginación que lograra distraerlas ni divertirías.

Cierta noche iban dos contertulios á renunciar á este pasatiempo, cuando una joven, al dar la mano á una anciana que había permanecido soltera, reparó en una sortija de pelo rubio que ésta llevaba en uno de sus dedos.

—Díme, tía—¿qué anillo es ese que llevas? El pelo parece de un niño.

La solterona se puso encarnada y luego pálida.

—Evoca en mí—exclamó—un recuerdo tristísimo, del que no quiero hablar. Toda la desventura de mi vida procede del hecho á que se refiere esta sortija.

Los concurrentes quisieron conocer la historia; pero la tía se negaba á contarla. Tanto la rogaron, sin embargo, que al fin se decidió.

—Me han oído ustedes hablar muchas veces—dijo—de la familia de Santeze, extinguida ya.

He conocido á los tres últimos varones de esta casa, los cuales han

es del menor de ellos, un muchacho de trece años que se mató por mí. El caso les parece á ustedes singular, ¿no es cierto?

Era aquella una raza especial, una raza de locos, si se quiere; pero de locos encantadores, de locos por amor.

Entre la parentela solía decirse: "Enamorado como un Santeze," porque todos ellos estaban poseídos de violentas pasiones y, por una mujer, veíanse arrastrados hasta el crimen.

El abuelo de éste, cuyo recuerdo llevo en mi mano, se enamoró á los 65 años de la hija de uno de sus colonos, que se fugó con un tal Grabelle, invitado á una partida de caza.

Al día siguiente fué encontrado Mr. Santeze ahorcado en un patio de su casa.

Su hijo murió del mismo modo en París, después de haber sido engañado por una bailarina.

El infeliz dejó un niño de doce años y una viuda, la hermana de mi madre, los cuales vinieron á residir con mi padre en nuestro castillo de Bertillon. Tenía yo entonces diecisiete años.

Mi primo era un niño soñador y en extremo precoz. Paseábase solo durante horas enteras por el sendero que vadesde el castillo hasta el bosque, y yo contemplaba desde mi ventana á aquella criatura sentimental, que andaba con paso sossegado y la frente inclinada, como un hombre á quien le preocupara algo extraordinario.

A veces, después de comer, al cerrar la noche, me decía: "Vamos á soñar, primita." Y nos dirigíamos juntos al parque.

A lo mejor se detenía bruscamente, y cogiéndome la mano, exclamaba: "¡Mira, mira, qué luna tan hermosa! Pero tú no me comprendes; porque es preciso amar para sentir."

Por toda contestación me sonreía, procurando desviar las poéticas conversaciones que me entablaba.

Al fin me hizo la corte con mucha timidez, y todas las mañanas me regalaba un ramo de flores cogidas por sus propias manos.

A cada instante me decía "te amo," y yo seguía riéndome de sus expansiones de cariño.

Confieso que fui culpable, porque me divertía con su ternura pueril y me mostré coqueta, seductora, como si se hubiese tratado de un hombre, cariñoso y pérfido.

¡Figúrense ustedes, que mi primo no tenía entonces más que doce años! ¿Quién iba á hacer caso de su pasión? Su madre estaba enterada de todo; pero ella y yo nos habíamos olvidado de que el muchacho era un Santeze.

pondido en secreto, hasta que una noche en el parque se arrodilló ante mí, y besándome la falda, exclamó: "¡Te amo, te amo y no puedo vivir sin tí! ¡Si me engañas, si me abandonas por otro, haré lo que mi padre! ¡Genoveva, por piedad!"...

Confieso que me turbé y que no pude ocultar una emoción profunda.

—¡Volvamos á casa!—le dije con voz temblorosa.

El chico no contestó y me siguió silencioso. Pero al subir la gradería, me detuvo y repitió:

—¡Ya lo sabes; si me abandonas, me mato!

Comprendiendo al fin que había ido yo muy lejos, me mostré esquiva, y, al insistir mi primo en sus pretensiones, le contesté: "Eres demasiado grande para estas bromas y demasiado niño para un amor serio y formal."

Creí verme de este modo libre de sus arrebatos.

Al llegar el otoño le hicieron entrar en un colegio, y cuando regresó al verano siguiente, estaba yo comprometida á casarme con otro.

Mi primo se hizo cargo de lo que ocurría, y durante tres días estuvo tan triste y abatido, que llegué á alarmarme muy de veras.

Al cuarto, ví, al levantarme, un papel deslizado bajo mi puerta, en el que leí lo siguiente:

"Me has abandonado, y ya sabes lo que te he dicho.

"Has ordenado mi muerte, y como no quiero ser encontrado más que por tí, ven al parque, al mismo sitio donde por última vez te dije que te amaba, y levanta los ojos."

Creí que iba á volverme loca. Me vestí á toda prisa y corrí, corrí hasta llegar al punto designado. Alcé los ojos y ví algo que se columpiaba entre las hojas, porque hacía viento, mucho viento.

Desde aquel instante no sé lo que hice. Debí gritar primero, desmayarme quizás, caer en tierra y luego volar hacia el castillo.

Recobré los sentidos en mi lecho, con mi madre á la cabecera.

No me atreví á ver de nuevo el cadáver de mi primo; pero pedí un mechón de sus cabellos rubios. Estos son... estos... ahí los tienen ustedes.

La anciana se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, y repuso:

—Rompí mi matrimonio sin decir por qué... y desde entonces he sido siempre la viuda de aquel niño de trece años!

Después la solterona inclinó la cabeza sobre el pecho y siguió anegada en llanto por espacio de algún tiempo.

Cuando los huéspedes se retiraban á sus cuartos, uno de los cazadores, á quien la historia había emocionado profundamente, murmuró al oído de su vecino:

—No es por cierto una desdicha el ser sentimental hasta ese punto!



FRENTE A LA MARINA.

BUENO, BARATO.

SIEMPRE AL CONTADO:

Manteca frita,

Cerveza San Luis,

Cognac varias marcas,

Apollinaris,

Candelas esteáricas,

Whiskey n° 8,

Arroz,

Almidón.

VARIADO SURTIDO DE VINOS Y LICORES.

VINO de RIOJA, garantizado puro, á 50 centavos botella; sin casco.
10, 11.92.— A. L. ODIO.

PÍLDORAS DE VIDA

DEL DOCTOR ROSS.

Para las jaquecas,

Para el hígado,

PARA TODAS LAS AFECCIONES BILIOSAS,

PARA MALES DE ESTOMAGO,

Para todas las formas de DISPEPSIA

Y PARA TODAS

las impurezas de la sangre,

DOSIS DE 1 Á 4 PÍLDORAS.

40 píldoras en cada frasco.

VENTA EN TODAS LAS BOTICAS.

AGENTE GENERAL EN COSTA RICA,

A. L. Odio.

Frente á "La Marina."

18, 11, 92.

Almacén Americano

Establecido en 1869.

Importadores de mercaderías en general, especialmente en el ramo de

FERRETERIA.

MORRELL Y Co.

IMPRENTA

DE

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Cuenta con los elementos necesarios para atender á las órdenes del público en todo lo concerniente al arte tipográfico.

JEFE DEL ESTABLECIMIENTO, IGNACIO TAVERA T.

Los precios, serán además tan módicos, como en ningún establecimiento de su clase.—Calle 23, N° 47 Norte.

La Española.

ALMACÉN DE



DE

FRANCISCO SOLER.

La Venus.

5ª AVENIDA, OESTE, N° 301.

A precios sin competencia en esta plaza, se venden relojes, anillos, revólveres, leontinas, prendedores, cadenas y toda clase de alhajas.

ROPA DE SEGUNDA MANO,

en buen estado, casi regalada. Rebozos y pañolones de seda sumamente baratos. Dinero á interés sobre prendas, desde 25 centavos hasta mil pesos, á un interés módico.

Servicio esmerado,

SECRETO ABSOLUTO É INTERÉS MODERADO.

En el mismo establecimiento se realizan abarrotos, conservas y comestibles; todo de lo mejor y más exquisito que se importa á este mercado.

Tenemos el mejor vino legítimo BORDEAUX garantizada su pureza, á

UN PESO BOTELLA.

En el mismo establecimiento está en venta un piano muy barato.

Jaime J. Ross & Co

TIENEN COSNTANTEMENTE PARA LA VENTA

A precios baratísimos

Manteca de puerco

Harina el "Gallito"

Maíz blanco

Azúcar de varias clases

Escobas, Alpiste

Mantequilla

Arroz CAROLINA

Provisiones en general. Vinos, Cognacs y Whiskeys.
LECHE CONDENSADA, CERVEZA ESTRELLA y LEONA.